

EL BILLAR

*A mi muy querido tío el señor
doctor Juan David Herrera.*

Quise aprender un día
El juego del billar, pues comprendía
Que aquello de medir la carambola
Y de acertar con el preciso efecto
Que hay que imprimir a la obediente bola,
Era dar con la clave
Para obtener un éxito perfecto
De la vida en cualquier asunto grave.

Y para ver colmados mis deseos,
Hube de recibir sabias lecciones
De insigne billarista,
A quien la fama un puesto le conquista
De justas y torneos
Entre los más ilustres campeones.
¡Gran jugador, a quien también es justo
Discernir el augusto
Título de novísimo maestro;
Pues, no tan sólo en carambolas diestro,
Supo enseñarme a mí perfectamente
El billar, con sus lances y atractivos,
Usando únicamente
Los métodos modernos e intuitivos!

Yo no aprendí jamás técnicas voces:
¿Palabras retener que huyen veloces
De la memoria? ¡Insigne disparate;
A penas excusable en quien intente,
Como yo ahora, presumir de vate,
Y averiguar si cuenta con propicio,
Y armonioso y clemente
Vocabulario para el digno oficio!

Palonegro.... Escuchad! Tacos ... moñona!....
 ¿Quién un canto no entona?
 ¡Dar veinte, treinta!... ¿Habrá mejor partido
 Para hacer frente a quisquilloso oído?
 ¡No dar bola, tas-tás y cubilete!
 ¡Jugar burro, cuidar, tiza y casquillo!
 ¡Carambolas de banda y de doblete,
 De salida, de vuelta y de tornillo!
 ¡Carambolas abiertas!
 ¡Carambolas de cría!
 ¡Carambolas cruzadas,
 Y carambolas muertas!....
 ¿Acaso mi maestro no entendía
 Este joyel de lindas expresiones,
 Tan nobles y apropiadas
 Para escandir magníficos renglones?

Tampoco aprendí yo regla ninguna;
 Definición alguna
 En mis lecciones de billar oía.
 ¿Mas no se aprenden hoy problemas hondos.
 Con sólo ver?

Pues yo también veía
 Tres marfiles redondos,
 Cuyo girar paciente
 Ya a este lado, ya a aquél, tuerce gracioso;
 Y ora torna, ora va, porque revive
 Al golpe vigoroso
 Que tantas veces el perfil saliente
 De las macizas bandas le apercibe.

Tál la virtud: ¿Camina adormecida,
 O dirección e impulso va perdiendo?
 ¡Vedla al choque tremendo
 Del dolor, resurgir con nueva vida,
 Y el rumbo enderezar de su carrera
 A donde está la meta verdadera!

¿Cayó en la poda envuelto
 Alguna vez el delicado hilo
 Por do asciende la savia al tallo esbelto?
 ¡Ved las robustas mieses, que lozanas
 Rinden el fruto al sembrador con creces:
 Sintieron muchas veces
 El penetrante filo
 Que cizaña taló y espigas vanas;
 Pero después, ya blondas y maduras,
 Mostráronse tan puras
 Como vosotras, celestiales rosas
 Que ha podado el dolor, almas hermosas!

A mí también, si alguna vez me alcanza
 La pérfida asechanza
 De la injusticia o del rencor odioso;
 De vil traición el escondido ultraje;
 O el veneno asqueroso
 De la calumnia artera;
 Si alguna vez tropiezo en mi carrera
 Con los malvados, cínicos antojos
 De engreído señor, estulto y necio,
 A quien acaso ignara muchedumbre
 Dones le ofrece y rinde vasallaje,
 ¡Séame dado en no violada cumbre
 Fijar entonces los tranquilos ojos,
 Y sufrir de la prueba el golpe recio,
 Cual la virtud riente y placentera,
 Cual la dorada mies de fértil seno,
 O cual la bola del billar: sereno!

¡Serenos, sí! ... mas no impasible!

¿Acaso,
 Porque el pecho no estalla en ira ciega,
 Ha de seguir el vergonzoso paso
 De quien a todo, indigno, se doblega?
 ¡Oh, nó! jamás! ¡Que el corazón opresor del

Sienta el dolor, y ante la injuria crezca!
 ¡Que el alma, al verse herida,
 Fulgure y resplandezca,
 No cual la tempestad en que desata
 Su negra furia el nubarrón espeso,
 Pero sí cual la luz que se dilata,
 Después de la tormenta embravecida,
 De azul, límpido cielo
 Por el espacio diáfano y sin velo!

¡Qué aspiraciones altas las que surgen
 De contemplar, oh juego primoroso,
 Tu dócil bola, a quien las bandas urgen!
 ¡Oh si entendiesen tus excelsos dones
 Tántos indiferentes corazones,
 A quienes nada, ni el deber precioso,
 Ni la ofendida dignidad les mueve!
 ¡Corazones de nieve,
 A quienes da lo mismo
 La alegre risa que las hondas penas;
 Que no alientan jamás en su quietismo,
 Ni les circula sangre por las venas!

¡Cómo en ti los contemplo,
 Oh juego del billar; pues otro ejemplo,
 Para su escarnio, ante mi vista pones:
 Tu inalterable mesa, que impasible,
 Soporta a veces algazara horrible;
 O a quien lerdo aprendiz rasga en girones
 La bien ceñida, esmeraldínea veste,
 Sin que jamás ni a replicar se apreste!

De la doncella pura
 Rinde al varón la mágica dulzura;
 Es fuego y viva lumbre
 La bondadosa caridad; descuella
 Triunfadora la calma; y es tan bella
 Porque doma al furor, la mansedumbre.

¡Y hay quien intente, indiferencia helada,
 Ceñirte a ti los mismos atavíos
 De la virtud callada!
 ¡A ti, sin voluntad; a ti, sin bríos;
 A ti, que ciega y sorda
 A toda noble instancia permaneces;
 A ti, que oprobio y maldición mereces,
 Aun más que la pasión que se desborda!

¡Tú al contrario, oh billar! Tú me enseñaste
 A execrar la inacción, cuando el marasmo
 De tu indolente mesa me mostraste!
 Y tú me hiciste amar con entusiasmo
 Cuanto resurge y vive!
 ¡Por eso siempre ensalzaré tu nombre;
 Y aunque a veces el hombre,
 Porque abusa de ti, baldón recibe,
 Yo pediré para el gracioso avance
 Y constante rodar de tu ágil bola,
 Discreto aplauso, que quizás le alcance
 A tu débil cantor por carambola!

ANTONIO OTERO HERRERA

Bogotá, octubre de 1916.

